

NILDA GUGLIELMI *

LA CULTURA DEL OCIO

Se ha propuesto como tema «la cultura del ocio». Creo que el enunciado es apropiado ya que el ocio es expresión de toda una sociedad. Una sociedad en que estructuras diversas se complementan, en que encontramos lo ideológico, lo mental, lo imaginario unidos a otros niveles de análisis.

Preguntarnos por el ocio en una sociedad particular implica determinar cómo ese conjunto social se plantea actitudes frente a todos los valores que conforman la vida individual y colectiva. Se abre pues ante nosotros un espectro amplio, hemos de elegir y subrayar —sin duda— ciertas líneas de análisis, en cambio señalaremos otras brevemente.

Considero que para hablar del ocio, en primer término hemos de acotar esta palabra cuya polisemia no sólo es rica sino inclusive contradictoria.

Podemos plantear de qué ocio hablamos, de la cesación o negación total de trabajo, de la pausa, del hiato que se establece entre dos momentos de labor? ¿De un ocio positivo, de un ocio negativo? Sin duda, será interesante analizar, aunque sea sucintamente todos los matices, todas las posibilidades que la palabra encierra. Etimológicamente, ocio corresponde a inacción, ya que en griego significa ausencia de trabajo *argón*, constituido por *a* privativa y *ergon*, trabajo.

Creo, partiendo de ese sentido inicial, que interesan los dos polos —positivo y negativo— que hemos señalado uniendo los cuales encontraremos una serie de matices. Matices que hemos de distinguir merced a una adjetivación que precise sentidos. Podemos hablar de ocio transitorio, de ocio permanente, de ocio coactivo, de ocio creativo o fecundo, de ocio intelectual, de los ocios lícitos o viciosos... De todas maneras —y como nuestra visión del ocio estará necesariamente historizada— hemos de comprender que, en todo momento, éste será entendido a través de nociones de tipo religioso, moral, profano o social.

Pero —además— hemos de hablar del ocio entendido según una época determinada. Por consiguiente, esto nos lleva a comprender la cosmovisión toda de un momento histórico en que se inscriben valores constantes de una determinada ma-

*. CONICET - Universidad de Buenos Aires (Amenábar 2274, 1428 Buenos Aires, Argentina).

nera. Geremek nos recuerda que en el ritmo de trabajo, el placer y lo sagrado aparecen entremezclados.¹ Por supuesto, nosotros tomamos en cuenta el hiato que introduce el tiempo sagrado en el trabajo, tiempo en que corresponde desarrollar actividades pías y en que también está permitido el ocio. Pero más que el análisis minucioso del hiato y determinar cómo se empleaba el tiempo en la diversión o el descanso, es decir en las formas placenteras nos detendremos en la consideración del «no-trabajo», según la óptica de los grupos sociales eminentes o definitorios de cada período. Al estructurar este estudio, no lo he fundado en los problemas del ocio coactivo, no voluntario, es decir el que se sufre, en el que caen los trabajadores urbanos ante la falta de ocupación por crisis de producción, por problemas de mercado... Tampoco me detendré en el ocio convertido en costumbre y la miseria transformada en mendicidad, es decir el ocio como *modus vivendi*. Todo esto constituye el mundo del vagabundeo y de la mendicidad (especialmente urbana) que he tratado en *La ciudad medieval y sus gentes*² y en otras obras y que ha ocupado especialmente a Bronislaw Geremek. En cambio consideraré el ocio como opción, en la medida en que se instala como elemento constitutivo del ritmo de la vida cotidiana y —repetimos— expresado por los grupos que definen cada uno de los momentos de esta larga duración que es la Edad Media.

Al definir el ocio hemos empleado como oposición términos como trabajo o labor. Por consiguiente, para lograr esa definición hemos de aquilatar el concepto de trabajo de un momento dado. Por cierto, también debemos examinar los valores religioso-morales que fundamentan ambos conceptos, además de los sociales, es decir, cómo se manifestaron según grupos sociales, condiciones y sexo. Antes de entrar en esa consideración también hemos de tener en cuenta la identificación del término trabajo con labor, esfuerzo y pena. La palabra griega *ponos* que equivale a trabajo tiene la misma raíz que la latina *poena*, pena, castigo, suplicio. De ordinario, esa identificación —que reconoce origen oriental— se aplicará a diversos grupos o actividades. Pensamos en el sentido de carga que aparecerá en el esquema de tripartición de la sociedad medieval: oradores, bellatores, laboratores.

Veamos, pues, cómo se manifestaron los conceptos de ocio y trabajo de las civilizaciones clásicas y en la tradición bíblica. A partir de allí, podremos deducir en qué difieren de los medievales.

Se ha dicho con frecuencia que el mundo clásico desdeñó el trabajo. Sin duda, esta generalización derivó de haber tomado como referente —casi exclusivamente— la frase de Aristóteles que señala que nada noble se encuentra en un taller de artesanos (Política, 1328 b). Indudablemente no podemos aceptar esta afirmación sin

1. Bronislaw GEREMEK, «Le refus du travail dans la société urbaine du Bas Moyen Age» en *Le travail au Moyen Age. Une approche interdisciplinaire*. Louvain-la-Neuve, Université Catholique de Louvain. Publications de l'Institut d'études médiévales, 1990, pp.379-394.

2. Nilda GUGLIELMI, *La ciudad medieval y sus gentes*, Buenos Aires, FECIC, 1981.

matices y sin ciertos cortes cronológicos. En efecto, la frase habla de un tipo particular de labor, la *ars mechanica*, el esfuerzo físico que deforma.

Sin duda, algunas actividades fueron más prestigiosas que otras, en particular las referidas a la creación e invención de instrumentos. En suma, siempre el pensamiento, la actividad intelectual se consideró más importante que las formas manuales.

Sin embargo, en la literatura homérica, los príncipes actúan con sus manos. Personajes como Nausicaa, Paris, el rey de Itaca, Aquiles, Patroclo y, en particular, Odiseo realizan tareas manuales. El propio Odiseo desafía a uno de los pretendientes a arar mejor y más perfectamente un campo; un viejo olivo le sirvió para tallar su lecho nupcial. Las tareas que realiza hablan de sus capacidades y habilidad pero también de la libre decisión de hacerlo. Esa actividad no se ligó a formas coactivas permanentes determinadas por necesidades económicas, sino a formas casi deportivas, a lo que yo llamaría el esfuerzo gozoso. La prueba está en que Odiseo —de vuelta en Itaca—, al encontrar sus almacenes vacíos por la presencia de los pretendientes no piensa en abastecerlos por medio del trabajo sino del pillaje.

Ahora bien, en el siglo VIII a.C., *Los trabajos y los días* ensalzaron fundamentalmente el trabajo agrícola que importa la salvación y ennoblecimiento del individuo. Se llegaba a la virtud merced al esfuerzo: luego de un camino largo y penoso el hombre arribará a lo alto, en donde vencerá todas las dificultades (vv. 289-292). En este caso, el trabajo no aparece como castigo, mientras que el ocio provocará en el individuo los peores sentimientos.

En suma, la época clásica será aparentemente dicotómica, elogiará la actividad pero también exaltará el ocio. Plutarco lo celebrará como una de las más bellas y dichosas instituciones de Licurgo. Sin duda, lo que se ensalza es la posibilidad de librarse de trabajos manuales para poder crear.

En particular, se establece una diferenciación: el ocio podrá ser beneficioso para la *élite* que sabrá hacer buen uso de él, en cambio el trabajo convendrá a la mayoría.

Es interesante destacar los diferentes matices de la palabra *scholé* en que se encuentran elementos positivos y negativos. En efecto, puede significar el ocio y el reposo, la tregua en el trabajo pero también alude a la pereza y a la lentitud. Al mismo tiempo, se emplea para designar el estudio y el lugar de estudios. Subrayamos estas últimas acepciones, es decir, que el ocio conviene a la labor intelectual. Se desprecia todo lo que sea manual aunque esté al servicio de una obra que implique creación. Como hemos dicho, los obreros son menospreciados, el trabajo no provoca en ellos sino fealdad. Ello no quita que el mundo romano haya ensalzado las actividades agrarias expresando esa loa de manera práctica —en los tratados de agricultura— o en forma literaria —Varrón, Virgilo, Cicerón...— A pesar de ello, la aristocracia se inclinó por el *otium*...

La tradición bíblica es sumamente importante en su particular definición del trabajo y en una especial aceptación del ocio. Recordemos el reposo del Señor luego de la creación. Esencial, además, es el episodio de la expulsión del Paraíso: al trabajo inicial –cultivar el jardín– sigue la labor entendida como castigo, peso, carga, sufrimiento...y expresada en la maldición que acompaña esa expulsión. A *posteriori* el descanso sólo será aceptado como hiato en el trabajo necesario y obligado. En todo caso, Israel –a diferencia de la tradición oriental en que la actividad es condenada– ha aceptado y elogiado el ejercicio del trabajo, entendido como esfuerzo manual. Trabajo dignificador, ejercido por el hombre libre. El obrero ha sido creado por Yahvé: «He aquí que yo he hecho al herrero/ que sopla el fuego de las brasas/ y que forja armas según su oficio ...» [Is., 54, 16]. El Viejo Testamento elogia, pues, el trabajo. En el Nuevo, la labor conserva esa dignidad pero parece adoptar en mayor medida un sentido vehicular, no concluye en sí misma. El trabajo ha de ejercerse en nombre y para glorificación del Señor. San Pablo dirá: «Y todo lo que hacéis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús...» [S.Pablo, Colosenses, 3, 17]. El afán no debe centrarse en el trabajo en sí mismo, sino debe ser camino para la perfección espiritual, se aconseja un camino interior de purificación y salvación: «procuráos, no el alimento perecedero sino el alimento que permanece hasta la vida eterna» [San Juan, 6, 27]. Inclusive encontramos estigmatizada la preocupación excesiva, por ejemplo, en el pasaje de los lirios del campo [Mateo, 6, 28]. Si se valora el trabajo, también se acepta el hiato y el descanso pero no el ocio como forma permanente de vida. Muchos son los pasajes de condena a los ociosos y perezosos tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. El ocioso está equiparado al vagabundo, al no integrado en una comunidad o al que destruye la labor de esa comunidad. El perezoso es el frustrado ya que, como se dice en Proverbios: «El alma del perezoso desea y nada alcanza» [13.4]. La labor se combina con la prudencia: «Mira a la hormiga, oh perezoso/ Mira sus caminos y sé sabio» [Prov., 6, 6]. La condena es total para quien ejerce el ocio como forma de vida. Recordemos el anatema de San Pablo respecto de quienes no trabajan [2.º Tesalónicos, 3,10].

La Edad Media recogió esta tradición. Se impuso la figura de Jesús como *tekton* o *faber* –aunque durante su vida pública haya abandonado el trabajo–, al igual las de sus compañeros, todos trabajadores manuales. Sin duda, en la Iglesia primitiva se enfrentaron las tendencias orientales y las hebreas propiamente dichas. Como hemos señalado, San Pablo fue el impulsor claro de la obligatoriedad del trabajo, reflejo de la incitación menos coactiva del Salmo 127 en que la felicidad del justo se alcanza a través de la actividad: «Porque comerás del trabajo de tus manos, / serás feliz y bienaventurado».

Todo lo dicho nos confirma de qué manera fluctúan los conceptos según épocas y grupos sociales. En el extenso período que constituye la Edad Media, los matices son múltiples. Por ello —como ya he dicho—, tomaré sólo algunos ejemplos que expresarán el ocio según los grupos eminentes o representativos de un momento determinado. Un caso particular es el de la cultura monástica. Virtud, tentaciones, tristeza de ánimo son formas positivas o negativas que sufre o goza el monje medieval. Todo ello lo conocemos a través de los escritos de los Padres de la Tebaida o de las reglas de las primeras organizaciones de monasterios. Muchas obras pictóricas se encargaron —a través de los siglos— de testimoniar acerca de estas situaciones extremas, en particular la tentación del *homo religiosus*.

Existe una palabra para describir ese momento difícil para la salud espiritual del monje, para referirse al «*daemonium meridianum*» a que alude el Salmo 90: *acedia*.³ No siempre aparece idéntico el contenido del término. *Acedia* se acerca a *tristitia* sin identificarse plenamente con ella, sería un *morbus animus*. Estudiado según la sintomatología establecida por la medicina actual, se trataría de una psicosis maníaco-depresiva, es la melancolía de Belorofonte de la épica homérica. Hipócrates dará por primera vez noticia de esta enfermedad, clasificándola de acuerdo a una sistematización científica, considerando su carácter de enfermedad mental de posible curación.

A su vez, Areteo en el siglo V, la describe tal como aparece en diversos momentos de la vida y, en particular, en los religiosos. Es calificada como vicio ocupando el quinto puesto en la serie de pecados capitales. Desaparecerá más tarde como pecado para volver a ser mencionada por Gregorio Magno ya en forma aislada, ya en la sucesión de vicios capitales.

Como decimos, aunque la *acedia* se relaciona con la *tristitia* no se identifica con la misma. La *acedia* corresponde a la sensación de sentirse triste e infeliz, sensación que se acompañará de manifestaciones corporales. Un contemporáneo de Cassiano, —Nilo de Ancira— en su *De octo spiritibus malitiae* [P.L., 79, 1157-1159]— describe así las actitudes de quien ha sido presa de la *acedia*: «La mirada del acedioso se posa obsesivamente sobre la ventana y, con la imaginación, piensa que alguien viene a visitarlo; ante un crujido de la puerta se alza; siente una voz y corre a asomarse a la ventana para mirar. Y, sin embargo, no desciende a la calle sino vuelve a sentarse donde estaba, entorpecido y como absorto. Si lee, se interrumpe inquieto y, un minuto después, cae en el sueño; se restriega la cara con las manos, extiende los dedos y, apartando los ojos del libro, los fija en la pared; de nuevo los posa en el libro, adelanta algunas líneas balbuceando el final de cada palabra que lee y entretanto se llena la cabeza con cálculos ociosos, cuenta el número de las páginas y los folios de los cuadernos y comienza a odiar las letras y las bellas minia-

3. Lisania GIORDANO, «*Morbus acediae. Da Giovanni Cassiano e Gregorio Magno alla elaborazione medievale*» en *Vetera Christianorum* 26, Bari, 1989, pp.221-245 (p.221).

turas que tiene ante los ojos hasta que, por último, cierra el libro y lo usa como almohadón para la cabeza, cayendo en un sueño breve y poco profundo, del cual lo despierta una sensación de privación y de hambre que debe saciar».

Como vemos, se experimenta una gran inestabilidad. Los síntomas se manifiestan de manera psicofísica, cuerpo y alma aparecen perturbados en sus manifestaciones: ansiedad, inquietud, tristeza, bulimia y, por fin, ocio. En suma, todo deriva en ese ocio que significa no cumplir con las obligaciones que la piedad requiere. De hecho, no siempre este estado implica inactividad sino, más bien, una falta de concentración y de dedicación a las funciones piadosas. Posteriormente, la acedia se identificó con el ocio. En la *Regula Pastoralis* de san Gregorio Magno se habla de los pigri como de aquéllos que son poseídos por la *desidia mentis*, es decir por la pereza espiritual.

No me detengo ahora en los matices que recibieron ambos términos —acedia y ocio— y de qué manera se acercaron o se confundieron en las obras de escritores religiosos de la Edad Media. Únicamente quisiera para concluir traer a colación un texto de Iacopo da Benevento quien vivió a mediados del siglo XIII y perteneció a la Orden de los predicadores.⁴ En su obra, *Giardino di consolazione*, caracteriza la acedia de la siguiente manera. «Accidia ogni cosa vuole avere, ma non si vorrebbe affaticare». [«Acedia quiere poseer todo pero no quiere fatigarse»]. En suma, una apetencia, una inquietud, una insatisfacción en el intento por obtener un logro sin esfuerzo alguno. El autor considera que de ella derivan muchos males y recuerda las palabras de san Bernardo: «Accidia è madre de' vizi e matrigna di virtudi. L'ozio e l'accidia è principio d'ogni male pensiero e d'ogni mala parola e d'ogni mala opera». [«Acedia es madre de los vicios y madrastra de las virtudes». El ocio y la acedia son principio de todo mal pensamiento y de toda mala palabra y de toda mala obra»]. Es interesante subrayar que mientras en estas frases la acedia se diferencia del ocio, en la mención de san Bernardo aparecen confundidas: «L'accidia e pigrizia, ovvero ozio, è madre delle vanitate e matrigna delle virtudi» [«La acedia y la pereza o sea el ocio es madre de las vanidades y madrastra de las virtudes»]. La estigmatización del ocio se incluyó en todas las reglas monásticas. Tomamos —como resumen de las diferentes variantes— las palabras de la regla de San Agustín: «que no haya entre ellos ociosidad alguna...».⁵

De ese complejo mundo religioso pasemos ahora al ámbito laico medieval. El análisis se llevará a cabo, en este caso, tomando dos grupos que expresarán —tal vez sin que podamos introducir los necesarios matices— la concepción del ocio: feudalidad y burguesía.

4. *Prosatori minori del Trecento*. Tomo I. Scrittori di religione (a cura di don Giuseppe De Luca). Iacopo da Benevento, *Giardino di consolazione*, p.851.

5. «otiosum verbum apud illos non sit...» *La règle de Saint Augustin commentée par ses écrits*. A.Sage, A.A.(ed.), París, La vie augustiniennne, 1961, p.273.

En lo que hace al primero, es necesario advertir que no se puede considerar al mundo feudal como un bloque, sino que creo oportuno introducir una diferenciación que separe mentalidades y actitudes. Para ello, utilizo la matización que estableciera José Luis Romero entre caballería y cortesía. Caballería alude al momento de la guerra de conquista, cortesía al período en que —consolidadas las fronteras, limitados los ámbitos de avance conquistador— ese mundo feudal parece expresarse en torneos, aparentes ejercicios lúdicos. En realidad pensamos que en éstos últimos se enmascara otro tipo de logro, aunque tome apariencia de juego.

Ya que ocio, trabajo y dinero se conjugan necesariamente, hemos de ver cómo se estructura su relación en esta sociedad feudal. Algunos testimonios consideran la guerra de conquista, como un trabajo, una labor. Recordemos, por ejemplo, las palabras del Cid: «Si con moros no lidiáramos, no nos darán del pan».

La nobleza se guía por valores adscriptos, los heredados, los que el linaje, los actos de los antepasados transmiten. El mundo burgués, en cambio, se constituirá en el ámbito de valores adquiridos, los que cada individuo logre mediante inteligencia, astucia, labor...

Ello no quita que ciertas circunstancias, como la frontera —en el caso del Cid— haga que grupos nobles actúen según valores adquiridos.

Sea como fuere, la ocupación de la nobleza es la guerra. Una poesía anónima del siglo XIII⁶ la considera como «un métier insensé» [«un oficio insensato»] —destacamos el sustantivo que habla de tarea—, exaltando en cambio las bondades del torneo: «Mieux vaut aller au tournoi» [« Más vale ir al torneo »], en el cual se justa y se quiebran lanzas, «et recommencer la fête» [« y [puede] recomenzar la fiesta »]. Se considera el torneo, pues, como una fiesta y no como una ocupación. Ya hemos dicho que, para nosotros, es una forma ficcional de juego, ya que en el fondo se persiguen prestigio y honor que se expresarán en altos destinos, buenos matrimonios, la posibilidad de agregarse a la compañía de un gran señor. El ejemplo más claro de esto es la figura de **Guillaume le marechal**, que nos ha ofrecido Georges Duby.⁷ En muchos de los episodios que el libro nos presenta vemos de qué manera ese mundo se plantea el valor del dinero y del esfuerzo.

Recordemos, por ejemplo, el pasaje de la mujer que huye con el monje.⁸ El Mariscal se preocupa por la vida futura. El monje muestra el dinero que posee y que le permitirán vivir de renta. Esto provoca la indignación de Guillaume quien *no admite que se pueda subsistir de lo que llama usura, del provecho de dineros.*

6. *Anthologie poétique française. Moyen Age 2.* (choix, introduction, traduction et notices par A. Mary, París, Garnier-Flammarion, 1967, p.43. En adelante citado *Anthologie*.

7. Georges DUBY, *Guillermo el Mariscal*, Madrid, Alianza, 1985. En adelante citado *Mariscal*.

8. *Ibid.*, 59 y ss.

Como bien dice Duby, la nobiliaria es «una cultura de ostentación y de alarde».⁹ Se alardea de prosapia, de valor, se ostenta riqueza y gesto magnánimo. Se es largo en gastar y en recompensar. En *Flamenca*, roman courtois del siglo XIII,¹⁰ la dama malcasada tiene un enamorado, Guillaume de Nevers. El es el exponente más claro de un modelo de vida cortés en que la mano pródiga distingue al bien nacido caballero. Dice el poeta: «yo se bien que cien veces al año / gasta en un día / la renta de todo un año».¹¹ Insiste el texto sobre su generosidad y prodigalidad: «El no sólo prometía a los compañeros/ que había invitado a su residencia, pan y agua/ como se hace en el hospital/ sino eran gratificados con bellas vestimentas/ bellos caballos ricamente enjaezados/ los incitaba a gastar mucho/ a dar y jugar a voluntad / a pasar dos o tres meses de placer/ sin que el huésped mencionara lo que habían gastado/ seguro de que se vería pagado/ en cuanto un torneo o una guerra llegaran a la región»¹².

Subrayamos el origen de los recursos nobiliarios, en este caso la guerra, la rapiña, el torneo. Por ello, hemos dicho que el torneo no significaba sólo un encuentro desinteresado. Como indica Duby «en el torneo no se jugaba sólo por honor. Los caballeros iban, como a la guerra, para arrebatar armas, arneses, caballos de batalla, para coger hombres».¹³ Para nuestro autor, los caballeros no por ello se enriquecían. El torneo era simplemente una fiesta y «se acababa, como todas las fiestas, en una despreocupada dilapidación de riquezas, y los caballeros, tanto los vencedores como los vencidos, se iban a dormir todos ellos más pobres de lo que eran al despertarse».¹⁴

En suma, es el dispendio honroso que sigue al esfuerzo gozoso y gratuito. Creo que el torneo, en verdad, es una forma ficcional de gratuidad y desinterés, ese torneo aportaba valores que luego podían convertirse en riqueza. No la ganancia inmediata y tal vez desdeñable en aras de una ambición mayor sino la conquista de un lugar de elección junto a un señor importante o un casamiento ventajoso.

9. Ibid., p.25. Robert FOSSIER describe así al noble : «Il est différent par son genre devie: son code moral est de prendre pour redonner, d'exiger pour gaspiller, ce qui est proprement vivre *nobilité*; il est donc, ou doit être superbe et généreux...» («Seigneurs et seigneuries au Moyen Age», 117e Congrès national des Sociétés savantes, Clermont-Ferrand, 1992, p. 11).

10. *Le roman de Flamenca en Les troubadours*, traduction de René Lavaud et René Nelli, Brujas, Desclée de Brouwer, p. 733. En adelante citado *Flamenca*.

11. «je sais bien que cent fois par an, / il lui arrive de dépenser en un jour/ toute sa rente d'une année» Ibid., p. 735.

12. «Il ne promettait pas seulement aux compagnons/ amenés par lui à son hôtel, du pain et de l'eau, / comme on fait à l'hôpital, / mais ils étaient gratifiés de beaux vêtements, / de beaux chevaux richement harnachés; / ils les mettaient à même de faire grande dépense, / de donner et de jouer à leur guise, / de prendre deux ou trois mois de bon temps/ sans que l'hôte leur parlât seulement/ de ce qu'ils avaient dépensé, / sûr qu'il était d'être payé, / dès qu'un tournoi ou une guerre/ ramènerait dans le pays». *Flamenca*, p.735.

13. *Mariscal*, p.114.

14. Ibid., p. 125.

Si retornamos a las conclusiones de Duby –sin duda avaladas por el texto anónimo mencionado más arriba– un pasaje de *Flamenca* parece contradecirlas ya que *Guillaume confía que sus larguezas –que comprometen sin duda su patrimonio– quedarán compensadas con un golpe de fortuna*. El caballero no siempre podía mantener su tren de vida mediante rentas o conquistas afortunadas. En una composición anónima titulada «Le paternotre de l'usurier» cada invocación o frase del Padrenuestro se acompaña con un comentario acerca de la condición del avaro. Luego de decir «Fiat voluntas tua» el usurero agrega¹⁵. «El caballero que me pagó / y que me debía cincuenta libras / todavía no está libre / puesto que me debe casi la mitad / y yo no lo he olvidado».

De todas maneras, el continente había de ser desinteresado y las riquezas habían de aparecer inagotables y empleadas en el dispendio, en el gasto, en el alarde y en el aparente ocio. Según dicen una poesía anónima: «Dinero en cofre/ no vale un botón / mientras más tiene el prohombre / en mayor medida corre [el dinero] a montones».¹⁶

En las fiestas de bodas de *Flamenca* todo es rico y ostentoso. El poeta –sin duda clérigo paniaguado de los nobles– se lamenta: «lo que ellos gastan / otro lo llora».¹⁷ En otro artículo¹⁸ he detallado el snobismo en el vestir tanto de Guillaume

15. «Le chevalier qui me paya/ et qui me devait cinquante livres/ n'est pas encore libéré,/ vu qu'il m'en doit près de la moitié, / et je ne l'ai pas oublié». *Anthologie*, p.79.

16. «Argent en cassette/ ne vaut un bouton/ Plus a le prud'homme/ plus coule l'argent à foison». *Ibid.*, p.43.

17. «ce qu'ils dépensent, un autre le pleure». *Flamenca*, p. 683. Puesto que no constituye el tema central del artículo colocamos en nota ejemplos del dispendio de que hacía gala el grupo noble. El novio de *Flamenca* –Archambaut de Bourbon– en las vísperas de sus bodas hace aprovisionar y engalanar la aldea que recibirá a tantos ilustres huéspedes. «Archambaut a faire largement approvisionner les hôtels» («Archambaut ha hecho aprovisionar las residencias generosamente») [*Flamenca*, p.665] Todos los alimentos posibles son almacenados. Todas las esencias y las especias –necesarias para perfumar las estancias o para condimentar las comidas– se acumulan en la puebla por orden del señor. Y «Lavande, aspic, encens, cannelle et poivre,/ girofle, macis, zédoaire, / il en avait fait apporter quantité suffisante/ pourqu'on en brûlât un plein chaudron/ chaque carrefour/ sur toute l'étendue du bourg» («Lavanda, aspic, incienso, canela y pimienta /clavo, macis, cedoaria / había hecho traer cantidad suficiente / para que se quemaran en un caldero lleno / en cada encrucijada/ en todo el burgo») [*Flamenca*, *Ibid.*].

GUILLAUME da repetidas muestras de esa mano dadivosa. A su hospedadora –la dame Bellepile– le ofrece una pieza de púrpura y además, bellas pietes. Al sobrino del cura le dará cuatro marcos de oro para que pueda estudiar y lo vestirá cada año [*Flamenca*, p.833]. Las damas de *Flamenca* reciben del amante hermosos dones: «des cordelières, des diadèmes, des galons,/ des colliers, des broches, des anneaux,/ des ampoules remplies de musc,/ et d'autres bijoux que je passe,/ beaux et seyants» («cordones, diademas, galones/ collares, broches, anillos/ ampollas llenas de almizcle y otras joyas que no menciono/ bellas y que sientan bien») [*Flamenca*, p.953].

Todo lo que rodea al caballero, todo lo que viste ha de ser exótico y, por tanto, caro. En las fiestas de bodas de Archambaut de Bourbon y de *Flamenca* acuden los mercaderes a la feria que se instala en la vecina población: «Jamais on ne vit de foire,/ ni à Lagny ni à Provins,/ où il y eût tant de vair et de gris,/ de draps de soie et de laine» («Jamás se vio una feria /ni en Lagny ni en Provins / donde hubiera tanto vero y petit-gris/ telas de seda y de lana») [*Flamenca*, p.655].

18. Nilda GUGLIELMI, «Actitudes y comportamientos en el roman de *Flamenca*», *Temas medievales* 3, Buenos Aires, 1993, pp.171-203.

como de los caballeros que acuden a fiestas y justas en la corte de Bourbon, manera de diferenciarse del mundo circundante, adopción de códigos de comportamiento que cohesionan al grupo y lo distinguen. Gestos y vestimentas constituyen un lenguaje mudo con una gran carga semiológica. Pensamos que el ocio —ostensible, evidente— constituye parte de esos códigos de comportamiento, forma esencial pues de identificación de un grupo.

Considero que en el mundo caballeresco —a pesar del empleo de la palabra «*metier*» («oficio») no se puede hablar de trabajo sino de actividad. La guerra, sin duda, parece procurar provecho mientras que el torneo simula ser una actividad plenamente lúdica. A pesar de ello —según hemos visto— ambas son actividades que tienden al provecho. Se podrá argüir que en las dos hay un esfuerzo gozoso si aceptamos como realidad las conocidas estrofas de Bertrand de Born en elogio de la guerra pero, a pesar de su desinterés aparente, llevan ínsita una coacción, la de mantener *status* y procurar lo necesario para la vida de un cierto nivel.

Pienso que en el mundo feudal hay una línea menos tajante que en el mundo burgués entre actividad, placer y ocio.

Corresponde ahora que hablemos de esa sociedad burguesa, que se afirmó en el trabajo. Los diversos grupos sociales lo ejercieron de una determinada manera pero la síntesis la dio el tono urbano de ámbito de labor. Antes de entrar en el tema señalo que lo analizaré —exclusivamente— a través de testimonios italianos. Traeré a colación las memorias de los burgueses u obras de teorización como *I libri della famiglia* de Leon Battista Alberti;¹⁹ en unas y otras, impera el didacticismo. Son obras que reconocen entre otras motivaciones, la necesidad de adoc-trinar a los jóvenes del linaje. Expresan, pues, los valores a alcanzar, las virtudes a custodiar, podríamos decir que constituyen un *speculum iuvenum*, construido merced a consejos y ejemplos extraídos de la vida de los destacados o desdichados miembros de cada familia. Sin duda, ese mundo burgués conoció, con el pasar del tiempo, numerosos matices que modificaron, en parte, el concepto primero de trabajo y, por tanto, de ocio. A pesar de ello lo que imperó fue el sentido del ocio como descanso lógico, como pausa de trabajo y no como forma permanente de vida. Leon Battista Alberti, en la obra mencionada, acepta el ocio como hiato. Un ocio que comporta esfuerzo, ya que no es inacción. Ya hemos diferenciado el esfuerzo gozoso y voluntario —cumplido libremente— y el esfuerzo coactivo y casi siempre penoso por obligado. Para Alberti —como para todo su mundo—, el trabajo debe justificar al hombre pero acepta la pausa que escande la labor y en que se ejerce el gozo de una determinada manera. Al hablar de los juegos viriles considera que²⁰ «no me parece viril casi ningún juego en el cual sea necesario sen-

19. Leon Battista ALBERTI, *I libri della famiglia*, Turín, Einaudi, 1969. En adelante citado, Alberti.

20. «gioco ove bisogna sedere quasi niuno mi pare degno di uomo virile» Ibid., p.87.

tarse». A las mujeres corresponde «sentarse... y volverse perezosas» dice con un evidente tono de desdén.²¹ Sólo acepta que los viejos puedan entretenerse con juegos que no comporten un esfuerzo físico. Desdeña al hombre que «vive vacuo de ejercicios, inerte y ocioso».²² En suma, aun en los momentos en que no se dedica al trabajo, el burgués ha de mostrarse activo. El destino de las gentes es actividad ya que el hombre nació «no para entristecerse en el ocio»/ «no para marchitarse yaciendo sino para estar haciendo».²³ Alberti no considera la actividad como una pena impuesta sino como una necesidad del hombre, a quien place «no ocio y cesación sino operación y acción».²⁴ Es lógico, pues, que relacione ocio y vicio; para Alberti el esfuerzo es el único medio lícito de alcanzar bienestar y honores, actuar de otra manera sería «essere infelice e misero» [«ser infeliz y mísero»] y displecer a Dios. Repite *i detti* comunes que llegan desde las páginas bíblicas hasta nuestros días «el ocio es la nodriza de los vicios»;²⁵ «el ocio, motivo de tantos males».²⁶ Alberti justifica el hacer recurriendo a un criterio de bien colectivo, la utilidad de sí y de la familia, el beneficio comunitario, el criterio cívico se impone constantemente.

Con una menor proyección filosófica tal vez —pero siempre siguiendo pautas estrictas de la vida burguesa— en otros autores encontramos también la exhortación al trabajo. En los consejos de Morelli, destinados a la la formación del joven se lee que éste ha de alejar de sí todos los vicios: «aleja temor, timidez, haraganería...».²⁷

Ya hemos dicho que el concepto de ocio no puede desprenderse de los de trabajo y gasto. El trabajo burgués por antonomasia, el que preconiza Alberti, el que considera lícito y del cual se siente satisfecho, no es el trabajo que la época se llama «mechanico», es decir el trabajo manual. Nuestro autor se enorgullece de que los miembros de la familia Alberta jamás realizaran «mestieri operarii».²⁸ Justifica ampliamente el negocio burgués.

Al definir ese negocio, el mismo Alberti habla también de las pautas que el grupo eligió —según dijéramos— como valores adquiridos y no valores adscriptos o determinados por el azar: «Alejadas de nosotros se encuentran las acciones propias para ganar por medio de la fortuna, como encontrar tesoros escondidos, lograr herencia, donaciones; a estas cosas son proclives muchos hombres».²⁹ El trabajo bur-

21. «sedersi...e impigrirsi». Ibid.

22. «vive vacuo d'essercizii, inerte e ozioso» Ibid., p. 91.

23. «non per atristirsi in ozio», «non per marcire giacendo, ma per stare faccendo». Ibid., p. 158.

24. «non ozio e cessazione, ma operazione e azione». Ibid., p.159.

25. «l'ozio è la balia de' vizii». Ibid., p.92.

26. «l'ozio, cagion di tanti mali». Ibid., p. 156.

27. «iscaccia paura, timidezza, poltroneria». Giovanni DI PAGOLO MORELLI, *Ricordi*, Florencia, Le Monnier, 1956, p.257. En delante, citado Morelli.

28. ALBERTI, p.92.

29. «Fuori di noi le cose atte a guadagnare sono poste sotto imperio della fortuna, come trovare tesauri ascosi, venirti eredità, donazioni, alle quali cose sono dati uomini non pochi». Ibid., p. 176.

gués concita esfuerzo e inteligencia, actividades en las cuales «el ánimo y los miembros concurren juntos a la obra y al trabajo...».³⁰

El trabajo, claro está, ha de ir acompañado de economía. Según aconseja: «ganar y luego conservar lo ganado».³¹ Es preciso alejarse del gasto ostentoso. Se empobrecerá quien se libre a «gasto excesivo».³² Las riquezas servirán para ser «libres y felices», no para caer en «ozio e delizie» [«ocio y delicias»]. Pregunta Giannozzo «¿ cómo llamáis en vuestros libros a quienes gastan sin sentido? » Pródigos, es la respuesta. Desviados son para Giannozzo, quienes desvían a otros, que los arrancan de la *bottega*, aquéllos que prefieren la compañía de jóvenes gastadores a la de los ancianos *massai*, centran su felicidad en gastar, estos caen en lascivias, en ocio, alejándose de los ejercicios nobles.³³ Esos jóvenes mal encaminados luego roban a la familia, empeñan, venden... y concluyen su vida pobres, sin honra y sin amigos.

Lo importante es ejercitar la *masserizia*, utilizar las cosas «lo necesario y no más».³⁴

Hemos hablado del negocio burgués, justificado por los autores de memorias. Morelli recuerda a Bartolomeo, uno de sus antepasados. Las cualidades que en él destaca son —entre otras— las de ser honorable ciudadano y buen mercader; en todas las virtudes seguía a sus antepasados excediéndolos en riqueza y parentesco».³⁵ De otro de los miembros de su familia —Bernardo— dice que «Este fue joven cortés y casi pródigo, ya que sus gastos fueron vanos y jactanciosos y no muy honorables».³⁶

Para el escritor siempre la pérdida del padre es ocasión de desdichas. También en este caso. Explica que los problemas de Bernardo derivaron de que se había ale-

30. «l'animo e le membra insieme concorrono all'opera e lavoro...». Ibid., p. 175.

31. «guadagnare e poi serbare el guadagnato». Ibid., p. 175.

32. «un soperchio spendere» Ibid., p. 175.

33. Ibid., p.198.

34. «quanto basta e non più». Ibid., p.200. Colocamos en nota otros ejemplos en que se expresa este razonable gasto. Todo habrá de ser mesurado. La familia comerá bien pero no alimentos especialmente delicados, no albergará en edificios ornadísimos. Siempre se atenderán los gastos necesarios y se evitarán los otros, entre éstos se cuentan: pintar la *loggia*, comprar platería, vestir con pompa y liberalidad. Siempre se huye del lujo en la vestimenta. Y se determina una escala en ella, los días solemnes se usará «la vesta nuova», los otros «la vesta usata», por fin en casa «la vesta più logora» («la vestimenta más estropeada»). Además, las vestimentas no habrán de ceñirse para que el pelo de la tela no se estropee «tale che tu arai la vesta per turto nuova, solo nel cingere sarà consumata e vecchia» («de manera que mientras todo el vestido este nuevo, sólo en la cintura se vera usada y vieja»).

35. «onorevole cittadino e buono mercatante; e in tutte le virtù seguitava i suoi passati, avanzandoli ancora in mercantia e in ricchezza e in parentado». Ibid., p. 136.

36. Ibid., p. 198. «Fu costui da giovane molto cortese e quasi prodico, ché le sue ispese erano vane e boriose e none molto onorevoli...»

jado del «tráfico ejercido por nuestros antepasados y también de todo otro emprendimiento que produzca mercancía o ganancia...». ³⁷ Esto sucedió porque quienes habrían debido aconsejarlo y guiarlo, es decir, los tutores, no habían sabido hacerlo y, por tanto había quedado «impulsado por quienes habrían debido corregirlo más al gasto que a la ganancia». ³⁸

Para los memorialistas burgueses siempre es ocasión de asombro reprobatorio comprobar que algún miembro de su casa o de su grupo no ha trabajado y no se ha dedicado al negocio. Morello Morelli —aunque prudente e inteligente— hasta «hasta hoy —y estamos en los años de Cristo 1403— él no comerció nunca ni cumplió cosa alguna por la cual ganase jamás un solo dinero». ³⁹

* * *

Trabajo y gastos acertados son las premisas fundamentales. Sin duda —como ya hemos dicho— la burguesía modificó, con el andar del tiempo, su conducta despojada y sobria para acercarse a pautas observadas por la nobleza, muchas de ellas en abierta oposición con lo aceptado hasta entonces. Los burgueses de fines de la Edad Media se vieron tentados por la vida señorial. En *La ciudad medieval y sus gentes* he aportado ejemplos de la aspiración de la burguesía a modos de vida diferentes de los establecidos. El deseo de poseer armas y colores propios de la casa, la misma concepción de la familia como linaje, la constitución de esos burgueses en caballeros, una condición que no comportaba ejercicio bélico cierto. A veces encontramos niños proclamados caballeros, en ocasiones son ancianos. En la crónica de Donato Velluti se menciona un Coppo «che si fece cavaliere alla morte» «se hizo caballero en el momento de su muerte». ⁴⁰ En el libro *di ricordanze dei Corsini* se menciona que en 1387 Nicolò dei Corsini y su mujer Lorenza ofrecieron a la iglesia de Santo Spirito —junto con otros baldaquinos y ornamentos religiosos— un tapiz destinado a la capilla de Santiago. Se describe el mencionado tapiz que comportaba esencialmente escenas de la pasión de Cristo y que además llevaba las armas de los Corsini y de los Strozzi. ⁴¹

Tal vez esa atracción por la vida noble y sus expresiones esté explicada por varios motivos, entre los cuales puede contarse el acercamiento o la incorporación de

37. «traffico usato pe'nostri antichi ed eziandio ogni altro inviamiento il quale producesse mercatantia o guadagno...» Ibid., p. 164.

38. «sospinto piuttosto da che l'avea a correggere allo spendere che al guadagnare». Ibid., p.164.

39. «oggi e' non fece mercatantia, che siamo negli anni di Cristo 1403, ne alcuna cosa il perché e'guadagnasse mai un quattrino». Morelli, p. 191.

40. «che si fece cavaliere alla morte». Donato VELLUTI, *La cronica domestica di Messer Donato Velluti*, ed. Del Lungo y G. Volpi, Florencia, Sansoni, 1914, 19. En adelante citado Velluti.

41. *Il libro di ricordanze dei Corsini* (1362-1457). A cura di Armando Petrucci, Roma, nella sede dell'Istituto. Palazzo Borromini, 1965, p. 73.

la feudalidad a la ciudad. En los últimos tiempos éste ha sido un tema que aparece especialmente destacado en todo estudio sobre la ciudad medieval. Conocemos los pactos que las ciudades italianas establecían con los feudales cercanos y vencidos. De ordinario, por medio de esos convenios se imponía a los señores residencia y permanencia —aunque ésta fuera temporaria— dentro de los muros ciudadanos. Se intentaba anular la agresividad de esos señores, incorporarlos al ámbito urbano y hacerlos partícipes. Pero la coacción inicial fue seguida por la aceptación por parte de los feudales que —sin abandonar sus posesiones en el *contado*— participaron de la vida de la ciudad. Comenzaron a intervenir en el gobierno y muchos de ellos se incorporaron a los modos económicos burgueses. Creo que esta tendencia —válida e interesante como propuesta de trabajo— ha de manejarse con prudencia porque, de otra manera, se corre el riesgo de oscurecer en demasía uno de los términos de la relación, la burguesía. Es de desear que se estudie el problema logrando ver el equilibrio entre esos elementos constitutivos de la ciudad, llegando a conocer la mutua influencia, la simbiosis que se estableció.⁴²

Podemos dar otros ejemplos de ese afán de ennoblecimiento de la burguesía.

Buonaccorso Pitti recibe gracias del elector palatino del Rin cuando cumple ante él una embajada. Recuerda el cronista las palabras del príncipe «quiero donarte mis armas, es decir el león de oro sobre tus antiguas armas; ennoblezco a tí y a tus hermanos».⁴³ Este párrafo evidencia que la casa ya posee armas que se verán transformadas por la concesión principesca y que darán razón de la nueva condición de quienes las ostenten.

Ennoblecimiento de la burguesía, acercamiento de ésta a usos y modos diferentes, modificación de un estilo de vida establecido y pautado.

Los sociólogos han planteado de qué manera se copia el esquema de vida del estrato superior más próximo. Sin duda, la burguesía —muchas veces más poderosa económicamente— sintió el prestigio nobiliario e intentó acercarse a esos modos de vida. El proceso se aceleró en el momento en que el hiato entre los dos grupos se hizo menor.

La figura de Gherardino di Piero, otro miembro de casa Velluti, es presentado como «osado y valiente... buen jinete» Sin duda, dotado de virtudes y capaci-

42. Cito algunos de las obras más recientes: Jacques Heers, *La ville au Moyen Age*, París, Fayard, 1990.

Enrico GUIDONI, *La città dal Medioevo al Rinascimento*, Laterza, 1989.

Gina FASOLI, «Ciudad y feudalidad» en *Estructuras feudales y feudalismo en el mundo mediterráneo (siglos X-XIII)*, Barcelona, Crítica, 1984, pp.215-240.

John MERRINGTON, «Ciudad y campo en la transición al capitalismo» en *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1982, pp.238-276. Sobre este tema y con referencia a Castilla, podemos citar el reciente trabajo de Armand ARRIAZA sobre «Le statut nobiliaire adapté à la bourgeoisie: mobilité des statuts en Castille à la fin du Moyen Age». *Le Moyen Age*, n.º 3-4, 1994, pp. 413-438 y 89-101.

43. Buonaccorso PITTÌ, *Cronica di...*, Bolonia, Romagnoli Dall'Acqua, 1905, p.127-8.

dades pero que no corresponden al ideal burgués. Se condena el modo de vida que lleva ya que «al presente la juventud con la cortesanía y con la frecuente compañía lo echa a perder y más lo perjudicará si Dios no le pone remedio». Su vida —que se ha deslizado hasta el presente sin disgustos— sin embargo lo ha perjudicado, se ha perjudicado a sí mismo», «desgastado en cortesanía».⁴⁴

Muchos eran los jóvenes de la familia que «corteseggiando» aspiraban a ingresar a una vida noble. Dino Compagni⁴⁵ describe dicha existencia: «Ponga todo su esfuerzo en lograr cortesanía... Y en honrar y servir a caballeros / y ponga su deseo en aprender [a manejar] armas/ y en saber cabalgar...y gaste...y con gusto críe y nutra pájaros...»

Sin duda, Gherardino intentó insertarse en esta vida. Donato Velluti describe su figura: «de ordinario está bien vestido y bien calzado, en compañía y tiene caballo y perros y gavlán».⁴⁶ Esta es la imagen del *donzello* que mencionan los escritores burgueses. La vida de este Gherardino recuerda un cuento de Boccaccio⁴⁷ en el que se narran las circunstancias de la vida de Federigho degli Alberighi. Enamorado —y a fin de conquistar el amor de monna Giovanna— «justaba, se ejercitaba con las armas, organizaba fiestas y donaba y gastaba su fortuna sin ningún miramiento...» . A fuerza de dispendio «rimase povero» («quedó pobre»), sólo le quedó un pequeño huerto y un halcón «de' migliori del mondo» («de los mejores del mundo»).

Reiteramos: el ocio, el gasto excesivo, la escasa prudencia, la incapacidad para trabajar y lograr ganancia son siempre condenados por los burgueses escritores.

Como dice Monna Alessandra Macinghi Strozzi: «de los malos gastos me guardo bien y de gastar inútilmente».⁴⁸

Velluti recuerda el comportamiento de Piero Talenti —marido de una Velluti— y de su hermano Francisco. En efecto, ambos «siendo grandes gozadores, destruyeron mucho; que habiendo tenido mucho estado y fortuna en Milán, habiendo contraído deudas, allí quebró».⁴⁹

44. «ardito, e coraggioso... buono cavaliatore...»; « infino aqui la giovinezza col corteseggiare e stare troppo in brigata lo sconcia, e più lo sconcerà, se Iddio non vi mette del suo rimedio»; «logorato in corteseggiare». VELLUTI, p. 34.

45. « ... Metta in cortesia tutta sua spera ... E'n cavaliere onorare e servire, Ed arme aprendre, metta suo disire, E in saver cavalcare avenante... Ed usi » «e spenda... E voluntier nodrisca e pasca augielli...» Dino COMPAGNI, *Cronica delle cose occorrenti ne'tempi suoi*, Milán, Rizzoli, 1982.

46. «del continuo à bene vestito, e ben calzato, stato in brigate,e tenuto ronzino, cani e sparviere...» VELLUTI, p. 36.

47. «giostrava, armeggiava, faceva feste e donava, e il suo senza alcuno ritegno spendeva...»; «rimase povero» ; «de' migliori del mondo». Giovanni BOCCACCIO, *Decamerón*, Sadea, vol. II, giorn. V, nov.nona, p. 493. y ss.

48. «delle male ispe se mi guardo e di spendere inutilmente» Alessandra MACINGHI STROZZI, *Lettere di una nobildonna fiorentina ...*, ed. Cesare Guasti, Florencia, Sansoni, 1877, p.276.

49. «essendo grandi goditori, distrussero molto; di che esendo così fatto stato, avendo tenuto grande stato e spese in Melano, e avendo debito, essendo là falli». VELLUTI, p. 49.

Se reiteran las conductas similares. Recuerda Velluti a otro miembro de su casa. Este Gherarduccio en un principio tuvo «tavola di cambio» en Avignon «e faceva bene i fatti suoi». ⁵⁰ Pero luego, él y sus socios, comenzaron «a darse buena vida y a hacer esgrima y a hacer cosas que comportaban gasto, por lo que en poco tiempo dejaron el capital y la ganancia y volvieron aquí ligeros de haber». ⁵¹

En los muchos casos recordados aparece constantemente la condena del gasto excesivo y del escaso cuidado del patrimonio. Según Alberti éstas son las obligaciones del *pater familias* según Alberti: mantener la fortuna familiar, conservar la casa, cultivar la posesión, guiar la *bottega*. ⁵²

Otro de los Velluti, Pigello, «gastó parte de su patrimonio en honrar a infantes mesnasderos». ⁵³ «Por sus cortesías y sus acciones y sus chapucerías» habiéndose obligado por sus deudores, murió de peste en la prisión, «enterróse como pobre en la abadía de Florencia». ⁵⁴

Gherardo Velluti fue «poco activo». Su hijo Domenico di Gherardo hubo de trabajar mucho ya que le correspondió mantener la gran familia que tenía a su cargo «siempre atribulándose y fatigándose». ⁵⁵

Piero di Ciore fue «cattivo». ⁵⁶ Luego de la muerte del padre no pensó en otra cosa sino «a gastar en vestir bien, cabalgar y vestir ...»

Pero la ganancia tiene que lograrse por medio del trabajo. Habla Velluti de un ciudadano de Perugia, lo describe: «y como sabía ganar mucho aunque no se preocupaba de qué manera, así él sabía gastar y derrochar». ⁵⁷

Velluti menciona en otra parte de las memorias a los parientes políticos. Uno de ello s-Lamberto —dotado de grandes capacidades— «Era gran comedor y bebedor y gustaba estar en compañía de jóvenes encontrándose con ellos gastaba en cortesías en exceso». ⁵⁸ Dispendio y cortesanía se unen en la identificación de ciertas actitudes ajenas al grupo. Resumen de esto es la figura de Antonio di Piero d'Andrea Velluti «más inclinado a ser cortesano que mercader y por ello enajenó la mayor parte de sus bienes». ⁵⁹

50. VELLUTI, p.56.

51. «A darsi buono tempo, e schermire, e fare delle cose da spendere: di che in poco tempo vi lasciarono il capitale e'l guadagnato, e tornarono di qua leggieri d'aver». Ibid., p.56-57.

52. ALBERTI, p.261.

53. «spese parte del suo in fare onore a' fanti masnadieti». VELLUTI, p. 96.

54. « Per le sue cortesie e'suoi viloppo e imbratti » «e sotterrosi come povero a la Badia di Firenze». Ibid., p. 97.

55. «poco faccete»; «sempre tribolando e affaticandosi». Ibid.,p. 106.

56. «a consumare in bene vestire, cavalcare e vestire...» Ibid.,p. 137.

57. «e come sapea grossamente guadagnare, non curante in che modo, così gli sapea spendere e gittare». Ibid., p. 177.

58. «Era grande mangiatore e bevitore e ritrovandosi volentieri co' giovani, espendea corteggiando di soperchio». Ibid., p.312.

59. «più dedito all'esser cortigiano che mercante; e perciò alienò la maggior parte de'suoi beni». Ibid., p.312.

El futuro personal, el futuro de la casa dependen de su capacidad de hombre activo, de buen administrador de bienes y prudente en sus actitudes. Uno de los vicios más temidos es el del juego. Ese mundo aprecia el trabajo y el ahorro. Desconfía del dinero obtenido en los lances de fortuna y, en particular, aborrece los juegos de azar. Entre los consejos que Giovanni Morelli da acerca de la elección de amigos podemos leer:

«no te mezcles con uno que juegue, que guste de acciones lujuriosas (especialmente con hombres)..., no le confíes tu patrimonio o le entregues tus negocios...».⁶⁰

Es peculiar el caso de Pitti que —sin duda— fue jugador empedernido. En sus memorias, son numerosos los episodios en que narra sus desafíos de azar.⁶¹

En la crónica de Donato Velluti se recuerda a Matteo que «fu giuatore e vagheggiatore».⁶² El mismo memorialista menciona a otro Matteo —en este caso Matteo di Dino— y lo describe como «grande giuatore». Y como tal —dice— sufrió muchos altibajos en su fortuna y condición: «spesse volte vestito con bellissime veste, e talotta tagliate e non vestite si vendeano o impegnavano; alcuna volta vilmente vestito» «muchas veces vestido con bellísimas vestimentas en ocasiones cortadas y no usadas se vendían o empeñaban; a veces vestido vilmente».⁶³

Evidentemente, la conducta burguesa no siempre se acomodó a estas pautas de medida. Que medida era el pivote de la actitud deseada. Morelli acepta que los jóvenes de su casa anuden amistades pero «mídete en todo», esa prudencia ha de hacer que nunca elija nada que⁶⁴ «te desvíen de la bottega», en verdad, que muchos jóvenes se dejan arrastrar «abandonan la bottega, juegan y hacen mal lo que deben».⁶⁵ Equilibrio y medida, éstos son los consejos fundamentales de la conducta burguesa.

En alguna ocasión he reflexionado sobre el ocio burgués derivado de la *grassezza*, de la riqueza excesiva expresado en frivolidad y en ostentación. Derivé mis reflexiones del análisis del *casone* Adimari, un arcón nupcial tal vez ejecutado para las bodas Adimari-Ricasoli del año 1420 o las Adimari-Martelli de años posteriores. La observación de esas figuras que acuden a las bodas mientras un conjunto de músicos ejecuta instrumentos de viento y algunos servidores se desplazan con provisiones, figuras vestidas con lujo y según la moda del siglo XV permitieron re-

60. «...con uno che giuochi, attenda a lussuriare (spezialmente con maschi)... non ti impacciare con esso in affidarli il tuo o commetterli tue faccende». MORELLI, p. 228.

61. PITTI, pp. 40 y ss / pp. 53-4/ pp. 57-8/ p. 93/ p. 150 y ss.

62. «fu giuatore e vagheggiatore». VELLUTI, p. 37.

63. «spesse volte vestito con bellissime veste, e talotta tagliate e non vestite si vendeano o impegnavano; alcuna vilmente vestito» Ibid., p. 93.

64. «ti misura in ogni cosa» / «Ti isviino da bottega». MORELLI, p. 262.

65. «levanssi da bottega, giuocando e fanno male i fatti loro». 66. «e non fare mai dimostrazione di ricchezza: tiella nascosa e dà sempre a intendere e nelle parole e ne' fatti d'avere la metà di quello che hai...» Ibid., p. 163.

flexiones acerca del dinero y de su ostentación. El *Quattrocento* fue un momento de extraordinario auge económico para Florencia. Los burgueses enriquecidos copiaron —como hemos dicho— modos y costumbres que caracterizaban a la aristocracia. Y el gasto ostensible, en el dispendio, en el gasto prestigioso e inútil, fue una de esas formas de acercamiento.

Todo esto, sin duda, contradice las premisas establecidas por Alberti en su *libri della famiglia*.

En verdad, en su *De familia* Leon Battista establece el ideal de *casata* burguesa con un cierto matiz nostálgico. Se aspira a la conservación de ciertas estructuras que, sin duda, ya están desapareciendo. Las palabras de Alberti, en cambio, se encuentran fortalecidas por las reflexiones que aparecen en los escritores burgueses de memorias. Según Morelli —constantemente desconfiado de los hombres y de la fortuna—, el burgués siempre se ha de conducir prudentemente «jamás hagas demostración de riqueza, tenla oculta y siempre da a entender por medio de palabras y hechos— que tienes la mitad de lo que en verdad posees...». Habrá de observar un continente discreto y aparentar modestia. Morelli reitera una y otra vez la necesidad de esta actitud, permanentemente se dirá que la ganancia obtenida en los negocios ha sido menor que la real, los gastos no han de ser ostentosos: « si poses diez mil florines, lleva una vida como si fuera de cinco, demuestra lo mismo en las palabras, en tus vestimentas y en las de tu familia, en las viandas, en los servidores y en los caballos...».⁶⁶

Casi obsesivamente conmina a quienes dedica sus consejos «esconde, todo lo que sea posible, lo que posees y la ganancia».⁶⁷

Pero —decimos— no siempre el espíritu burgués se adaptó a esta disciplina y a esta austeridad. Muchos pensaron que no en el gasto necesario sino en el derroche se ennoblecía la conducta y daba la medida de las cuantiosas fortunas acumuladas. Las mujeres fueron quienes se lanzaron más entusiastamente al infinito e ininterrumpido cambio que la moda implicaba —una moda que ya comenzaba a mostrarse exigente e imperativa—. Llegaron a dictarse leyes para detener el exceso en el vestir y para frenar el adorno riquísimo y exagerado. En 1330 se prohibió que las florentinas llevaran guirnaldas de oro, perlas y piedras preciosas y redes u otros adornos de gran costo que las damas utilizaban para realzar sus cabellos. En el mismo año también se legisló para impedir que se realzaran las vestimentas con perlas y botones de oro y con fíbulas de perlas y piedras preciosas. También hubo leyes respecto de la longitud de las colas de los vestidos. Las prédicas de fray Giordano da Rivalto llamaban a una mayor modestia en el vestir. En Florencia se nombró a micer Amerigo degli Amerighi como juez para hacer cumplir las disposi-

66. «se se'ricco di diecimila fiorini, tieni vita come se fussi di cinque, e così dimostra nelle parole, nel vestire di te e della tua famiglia, nelle vivande, ne' fanti e ne' cavalli...» Ibid., p. 228.

67. «di nascondere la roba tua e'l guadagno quante e't'è possibile...» Ibid., p. 246.

ciones acerca de las vestimentas femeninas. Al cabo de un tiempo el juez se confesó derrotado pues no podía hacer cumplir la ley ante las argucias de las señoras. En suma, estas señoras cumplían con la necesidad de ostentación, con el consumo derrochador.

Se ha transformado la primera imagen de la mujer burguesa. Ya en el siglo XIII Humberto de Romanos⁶⁸ se dirige a las ricas burguesas y condena el «sfarzo superfluo». Sin duda, las mujeres burguesas habían aceptado el papel de consumidoras ceremoniales de que hablan los sociólogos. Representan el gasto y el ocio vicarios que revela la potencia de la casa.

Los predicadores, memorialistas, escritores teóricos intentan ofrecer un modelo al que habría de adecuarse la mujer ideal. Las señoras son elogiadas cuando cumplen con sus empeños de amas de casa, deben siempre «lavorare e ricamar».⁶⁹ La esposa reconoce —como condición esencial— la de ser «buona massaia», le corresponde el gobierno de la casa, la educación de los hijos —hasta una cierta edad los varones, más prolongadamente la de las niñas— la dirección de los servidores. Siempre diligente, el marido sólo aceptará verla «oziosetta» cuando —recién casada— pueda extrañar la casa paterna.⁷⁰

La esposa seguirá pues los pasos del marido siendo prudente en administrar, mesurada en los gastos de la casa. Hubo momentos en que teoría y realidad no se avinieron.

Sin embargo, las pautas burguesas insistieron siempre en la necesidad de huir del ocio, lo aceptaron sólo como hiato entre dos momentos de actividad fructuosa y dirigida al provecho y honra de la casa y al honor de la ciudad.

Por tanto no es sólo una actividad interesada en el logro material —aunque no lo excluye— sino que comporta la excelencia del hombre, como individuo civil, es decir partícipe de una comunidad.

La forma de entender ocio y de ejercerlo nos presenta —como dijéramos— el cuadro completo de toda una sociedad, la compleja red de valores que la conforman. Y, además, comporta el sentido de libertad de elección, el gran problema de la libertad del hombre para vivir de una determinada manera su existencia.

68. *Prediche alle donne del sec. XIII*, Milán, Bompiani, 1978, p. 14 y ss.

69. *Trattati del Cinquecento sulla donna*, a cura di Giuseppe ZONTA. I. *Dialogo dela bella creanza delle donne de lo Stordito Intronato*, Bari, Laterza, 1913, p. 7.

70. ALBERTI, p. 293.